

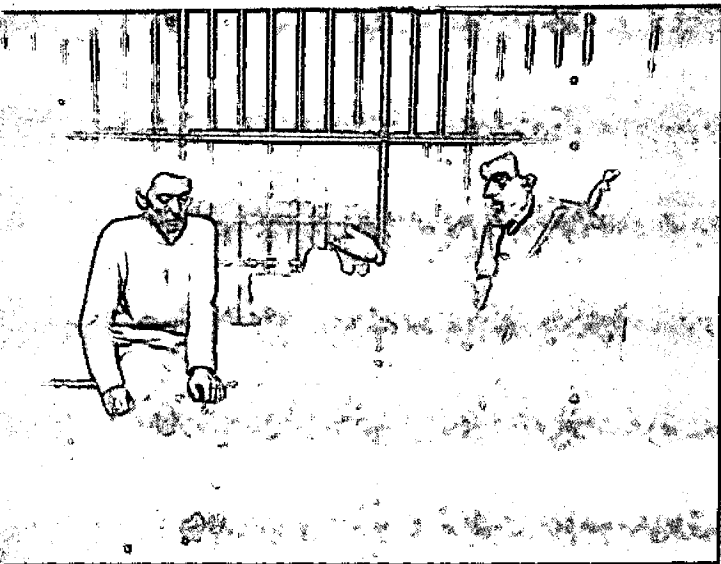
Golpes a mi puerta **LA VIDA LLAMA**

Arturo Sosa A.

*Dichosos los que eligen ser pobres,
porque éstos tienen a Dios por Rey.
Dichosos los que sufren,
porque éstos van a recibir el consuelo.
Dichosos los sometidos,
porque éstos van a heredar la tierra.
Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia,
porque éstos van a ser satisfechos.
Dichosos los que prestan ayuda,
porque éstos van a recibir ayuda.
Dichosos los limpios de corazón,
porque éstos van a ver a Dios.
Dichosos los que trabajan por la paz
porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.
Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad,
porque éstos tienen a Dios por Rey.
(Sermón de la Montaña, Mt. 5,3-10)*

Dos Hermanas —Ana (Verónica Oddó) y Ursula (Chela Atencio)— han dado el paso, como muchas otras religiosas latinoamericanas, al abandonar las instituciones tradicionales de su trabajo (hospitales y colegios privados...) para irse a vivir a un barrio pobre y trabajar en medio del pueblo. Una invasión, disfrazada de "guerra civil" convierte a la zona donde viven estas Hermanitas en "territorio liberado", arrebatado al Gobierno Revolucionario-Popular. La Resistencia que hacen los partidarios del Gobierno es combatida con una constante y despiadada represión y manteniendo un clima de terror, hábilmente dirigido por un Alcalde (Juan Carlos Gené) "nativo" del lugar. La vida de las religiosas es golpeada, además, por las distintas reacciones que tienen las personas que están a su alrededor: Amanda (Mimí Lazo), la vecina-esposa del bodeguero, prefiere no complicarse la vida y ponerse de parte del invasor para vivir en paz. Cosme y Severa, en cambio, sienten la frustración después de largos años de luchas y esfuerzos y una impotencia que lleva al primero a "echarse a morir" y a la segunda a sentir una rabia interior tan profunda que la rebela contra el mismo Dios "que no puede pretender que ame a estos enemigos". Un militante de la Resistencia Pablo (Alex Hernández) buscando huir del cerco policial se cuele en la casa de las monjitas de noche cuando está sólo una de ellas. La Hna. Ana decide correr el riesgo y protegerlo. El Alcalde (Cerone) que dirige personalmente la operación policial, intuye que el "rebelde" está allí y busca la manera de que se lo entreguen, pues quiere evitar nuevos roces con el Obispo de la Diócesis (Dimas González), intransigente defensor de quienes se han dedicado a la pastoral popular y difícil de callar en casos como los de un sacerdote recientemente muerto en manos de las fuerzas represivas.

La presencia del refugiado y la acción del Alcalde desencadenan la compleja situación en la que viven las religiosas. Sus diferencias de carácter, los miedos y dudas que tienen sobre su estilo de vida y trabajo, las percepciones mutuas, su espiritualidad, modo de rezar y significado de los símbolos religiosos, que tanto usan, el proceso de entender la situación en la que viven y cómo entienden el evangelio y su compromiso religioso desde allí... etc. van surgiendo a lo largo de las dos horas y media de actuación a través de un denso y apasionante diálogo (texto). La Hna. Ursula se solidariza con la posición de su compañera, la Hna. Ana, y ambas dan un paso en la comprensión de la situación, de sus compromisos evangélicos, de sus dudas afectivas y de los costos de tomarse en serio la vida de los pobres como forma concreta de seguir el camino del Señor Jesús. Por eso, los esfuerzos del Alcalde no tienen éxito y procede por la vía ordinaria: aprovechando una breve salida de la Hna. Ursula, allanan la casa, disparan contra el "rebelde" y se llevan "para averiguaciones" a la Hna. Ana. Después de varios días de aislamiento, el Alcalde intenta "salvar" a las monjitas (para evitarse los mayores con la Iglesia) y habiendo medio convencido a



la Hna. Ursula, intenta convencer a Ana. Pero la experiencia de los rigores que sufre el pueblo ha sido muy fuerte y un diálogo entre ellas hace cambiar de posición a Ursula. Cerone se juega la última carta tratando de que el Obispo las convenza de firmar una declaración amañada que le permita no tener que fusilarlas. En una dramática escena, Ana hace creer a Ursula que va a firmar, ella firma y Ana es ajusticiada. La obra finaliza con el Ofertorio de la Misa celebrada por el Obispo —que ha servido de telón de fondo a todo el proceso— acompañado de Severa y la Hna. Ursula con la presencia ineludible de la Hna. Ana y el pueblo sacrificado en la lucha por la liberación.

ES DIOS QUIEN GOLPEA

La obra nos enfrenta a modos distintos de ver y vivir el cristianismo y la pertenencia a la Iglesia. Sentir o no los golpes de Dios. Hay un modo de ser cristiano plenamente centrado en la vida con pocas dudas y muchas respuestas a las situaciones que se plantean, un cristianismo que es fuente de seguridad personal y colectiva, que puede vivirse pacífica y tranquilamente. También existe la vivencia de la fe cristiana como continuo des-centramiento, como movimiento que nos “saca de las casillas” a cada rato y obliga a una permanente re-ubicación frente a sí mismo, a los demás y frente a un Dios viviente. *Golpes a mi puerta* propone este segundo modo de ver y vivir el cristianismo pero no cierra los ojos a la presencia del otro modo en la vida de los cristianos y de la Iglesia.

Vivir pacíficamente el cristianismo es la principal tentación de la Iglesia y de sus miembros. Una tentación que se hace especialmente fuerte en quienes se comprometen en la Vida Religiosa y en quienes tienen responsabilidades “pastorales” o de dirección en la comunidad eclesial. Una tentación reforzada por las fuerzas políticas que siempre prefieren a unos cristianos ubicados y quietos; más aún, cuando hay situaciones conflictivas en las que un cristianismo auténtico exigiría hacer resonar la voz de los oprimidos, de los pobres, de los “preferidos de Dios”. La tentación y la tensión que ella produce están muy presentes en esta obra de Juan Carlos Gené. El llegar a vivir un cristianismo cuyo fundamento es la experiencia de un Dios vivo en quien se pone toda la confianza porque se ha sido movido por su amor a participar en la dinámica histórica de hacer a los hombres hermanos, haciendo el camino que inició Jesús de Nazareth, es un proceso muy hondo, largo, complejo y difícil, que dura toda la vida y no siempre se logra. Los personajes de *Golpes a mi puerta* viven ese proceso condensadamente y sacuden el interior del espectador que se siente envuelto en él y sin poder esquivar una toma de posición propia. Es Dios quien golpea la puerta de los personajes, de la Iglesia y de cada espectador. Quien la abre se arriesga a vivir ese modo de ser cristiano y de luchar por la liberación humana. Quien la deja cerrada puede hacer el proceso contrario.

LA SITUACION TAMBIEN GOLPEA

La acción se desarrolla en cualquier país latinoamericano en el que ha triunfado una revolución popular capaz de encarnar las aspiraciones de la mayoría porque ha sido fruto de un largo proceso de luchas y organización de movimientos de la base popular. El incipiente esfuerzo por cambiar las relaciones sociales es entorpecido desde afuera por quienes no pueden ver con buenos ojos la victoria de un movimiento de esa naturaleza y financian y apoyan una invasión que llega a dominar una parte del territorio de esa nación.

La situación anterior ya había golpeado a las religiosas

que deciden ir a situarse entre los pobres y vivir desde allí el proceso revolucionario. Pero es la invasión la que golpea más fuertemente pues viene bien disfrazada de movimiento interno del propio país y puede ser presentada como una “guerra civil” e, incluso, como la forma de evitar una verdadera invasión foránea. Son los mismos pobres, el mismo pueblo, el que sufre la represión y el que la hace. Ya no es posible situarse con mente maniquea ante los sucesos: no son los extranjeros-perversos contra los compatriotas-pobres-bondadosos, la división es mucho más profunda. Cada quien debe elegir la parte de la que se pone... y cargar con las consecuencias.

La irrupción de Pablo, el muchacho defensor del gobierno popular y la acción desencadenada por Cerone para capturar al “rebelde” que pone en peligro la integridad de la nación porque puede “justificar” la invasión extranjera hace inaplazable la toma de posición por las monjitas que hasta el momento sólo venían a estar con los pobres como Cristo estuvo con ellos. ¿Es una “invasión” o una “guerra civil”? ¿La muerte del Padre Ramírez fue un asesinato o un accidente? ¿Pablo, es un militante de la resistencia popular o un rebelde? ¿Ellas, las “hermanitas” son bien vistas y bien tratadas porque el pueblo y sus gobernantes son muy piadosos o porque le hacen el juego a los poderes establecidos? ¿Cuáles son las consecuencias de asumir la causa de los pobres como la causa de Jesús en esa situación concreta?

LOS GOLPES DE LA VIDA

La vida religiosa de Ana y Ursula se encuentra sometida a una serie de golpes que la sacuden continuamente. Comienza con la relación entre ellas mismas. Dos personas unidas por su decisión de ser religiosas entre los pobres tienen que buscar y encontrar la manera de vivir como hermanas, no sólo cuando rezan juntas, sino superando sus inseguridades (más expresadas por Ursula) y sin refugiarse en la sobreprotección que Ana parece encontrar como salida a su equilibrio emocional en la relación con Ursula. Sacudidas también por su opción de ir a vivir entre los pobres dejando atrás todas las seguridades que ofrece la vida en el convento y en los modos anteriores de trabajo. Una inseguridad que les produce una sensación de miedo que ninguna de las dos oculta. Además es un ir al pueblo para encontrarse con que ese pueblo vive en una situación de no-pueblo, ante la cual lo que provoca es “dejarse morir” y la “comunión” con él se reduce casi a la extremaunción y el “viático” como ayuda a ese tránsito de la muerte a la vida. En ese mismo sentido son golpeadas por la rabia incontenible que expresa Severa, símbolo de ese pueblo sometido a la fuerza, contra el Dios Padre y Bueno al que le rezan las Hermanas y a quien conservan como consolador en el Sagrario de la capillita de su casa. ¿Es realmente el Dios que escucha el clamor de los pobres? ¿En qué sentido puede hacerse creíble en la experiencia del no-pueblo la imagen de Jesucristo-liberador?

Su compromiso como religiosas significa vivir en el mundo sin ser del mundo. Tratan de insertarse en una realidad humana como fermento de cambio y como signo de valores que trascienden los habituales de esa sociedad. Todo ello sin dejar de ser y sentir como cualquier otro ser humano, sin haber culminado ellas mismas el proceso de trascender esos mismos valores y encarnar los que proclaman. Por eso, la presencia del militante de la resistencia popular, acogido como refugiado, no se les presenta sólo como un problema de opciones políticas. El militante es Pablo, un muchacho joven, buenmozo y lleno de vida que ambas contemplan (escondiéndose la una de la otra) acostado en la cama mientras duerme y que

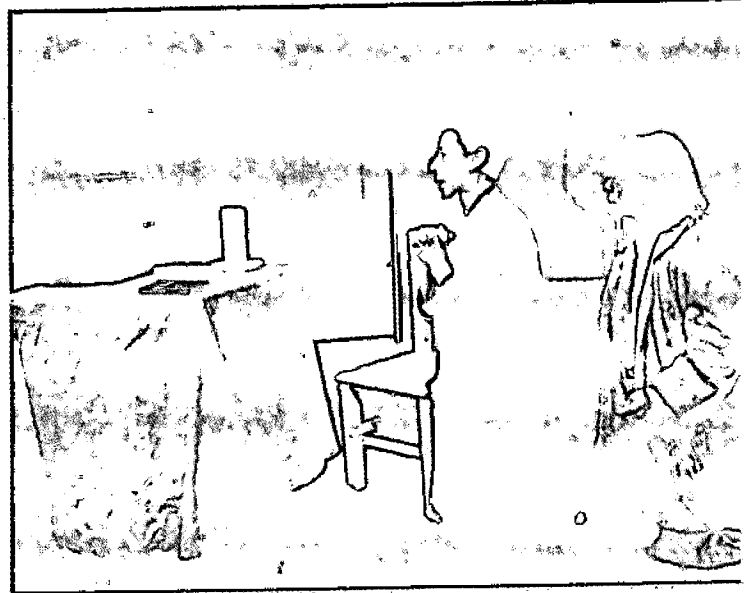
les hace aflorar toda su afectividad femenina y plantearse y replantearse su vida sin pareja, sin hijos... pero que quiere ser con mucho amor. La sinceridad con que pueden llegar a plantearse sus problemas afectivos y la incesante búsqueda de sentido en el amor de la presencia masculina en su consagración religiosa es otra dimensión del proceso de maduración y crecimiento cristiano de Ursula y Ana.

La decisión de aceptar a Pablo, el "rebelde" a los ojos del poder invasor, como un "perseguido por la justicia" y entonces bienaventurado según el evangelio, golpea fuertemente la concepción de Ursula y Ana de la caridad y de la paz. Pablo es un terrorista complicado en la voladura de la principal industria de la zona. Aceptarlo, solidarizarse con él y la causa que defiende como la causa de Dios es entender el amor de Dios (la caridad) como realización de la justicia y la paz como lucha por la fraternidad: "Dichosos los que trabajan por la paz porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos" (Mateo 5,9). Más aún, va a significar trascender las visiones estáticas de la caridad y la paz para entenderlas como servicio al pueblo en su proceso de liberación. Un servicio que exige entregar la vida o, lo que es lo mismo, la "muerte en cruz".

La tentación, en cambio, se les presenta sin golpear. Amanda, la vecina buena-gente, que viene a solicitar los servicios de las hermanitas —que le pongan inyecciones— y, además, les deja una limosna (porque ellas no aceptan que se les pague) propone la aceptación de lo establecido (del "mundo" que decían S. Juan y S. Pablo) atractivamente, como lo normal y lo natural. Presenta una vida chata, sin interpelaciones que produzcan movimientos interiores o dilemas vitales. Es la voz del pasado que quisieron dejar cuando decidieron consagrarse como religiosas, pero un pasado que puede hacerse presente y ofrece tranquilidad y seguridad. También Cerone, el Alcalde, se inscribe en esta línea: les propone que se elijan como religiosas no-trascendentes, o sea, como Monjas mundanas, y así tendrán asegurado el prestigio social como "religiosas", separadas de los demás (sobre todo de esa gentuza de los barrios y de esos rebeldes que quieren acabar con las pocas posibilidades de vivir tranquilamente en nuestra patria). Esa puerta siempre está abierta y tantas veces les provoca correr hacia ella.

Otro golpe es descubrir la vida religiosa como privilegio frente a la indefensión en la que viven aquellos en medio de los cuales se ha escogido vivir por motivos evangélicos. Ana y Ursula en sus duros días de prisión incomunicada se dan cuenta de que a pesar de todo a ellas no les hacen nada, no las "tocan" y se mueven todos los resortes para sacarlas de allí, mientras que a los demás, a la gente normal y corriente, la desaparecen, la torturan, la violan... a ellas no; ¡son monjas! Una situación que también vive el Obispo: ya no puede hacer nada por los miles de detenidos, torturados y asesinados por la represión... pero quizás puede salvar la vida de Ursula y Ana, muy valiosas en sí mismas y para él que las quiere y las ha apoyado en su proceso de identificación con los más pobres, pero aceptando, aunque sea de mala gana, la realidad del privilegio que significa ser representante oficial de la institución eclesial... Allí cobra sentido la inmolación de Ana como comunión con su pueblo, aunque ella misma se las arregla para "salvar" a Ursula del fusilamiento, aunque vuelva a aparecer como su tendencia a la sobreprotección de su hermana (menor?).

La vida sigue para Ursula en lucha permanente con la muerte que Ana ha sufrido por la misma vida. Por eso, el ofertorio final es de quienes han trascendido en el proceso: Severa (el pueblo), Ursula, Ana y el Obispo (el "buen pastor"



de Juan 10).

La cristianamente densa obra de Juan Carlos Gené termina sin decirlo diciéndole a la Iglesia, a los cristianos y a cualquier ser humano: ¡vete y haz tú lo mismo!